

ENRIQUE ANRUBIA, *La herida y la súplica. Una filosofía del consuelo*. Editorial Thémata (2014), 189 pp.

César González-Cantón

Estoy seguro de la buena acogida que tendrá en el panorama filosófico español el libro de Enrique Anrubia, Profesor de Antropología Filosófica de la Universidad CEU Cardenal Herrera de Valencia. Sus afirmaciones—unas geniales, otras controvertidas, algunas manifiestamente erróneas—sorprenden por su frescura e invitan a una profunda reflexión sobre el fenómeno del consuelo. Se trata de una obra nacida de una disquisición muy personal, en la que el autor prueba los límites, no solo de su competencia filosófica, sino de su propia persona.

Sus nueve capítulos conforman un libro complejo, con abundantes referencias a la historia del pensamiento, del arte y de la literatura, a la vida cotidiana, que desarrolla su argumento en espiral, expandiendo progresivamente sus tesis principales. Quien se acerque a él obtendrá una cosecha de numerosas ideas, que van construyendo el argumento en ocasiones por sendas secundarias y poco transitadas. Es imposible en un texto como el presente referir siquiera todos los puntos de primer orden de esta obra, de modo que me conformaré con presentar la que creo que es su estructura básica.

La tesis principal del libro puede verse contenida en la siguiente cita: “consolar es [hacer] *que el sufriente recuerde que él sigue siendo mi bien. Pase lo que pase. Consolar es hacerle ver que ningún mal puede arrebatar el bien que él es para mí*. Y que es el mal el que siempre es segundo. Es descubrirle al enfermo su amabilidad.” (p. 174) Anrubia desarrolla aquí un sentido de consuelo que puede sorprender a primera vista, especialmente si lo que se tiene en mente es la lacónica, amén de decepcionante, definición del Diccionario de la RAE: “**Consolar**. - Aliviar la pena o aflicción de alguien.” Aliviar, sí, pero ¿cómo o en qué sentido?

Anrubia responde que ser consolado consiste en que nos recuerden nuestra bondad o amabilidad. La bondad de nuestro ser es la unidad originaria con el mundo, la presencia del Bien en nosotros. Anrubia se declara manifiestamente platónico. En el origen era el Bien, y una manera de recordar es la filosofía; otra, el consuelo. En realidad, filosofía y consuelo no están lejos el uno del otro. De ahí que, con Aristóteles, discípulo de Platón, el dolor radique en la división: la separación en o de nosotros mismos, que lo es del origen. Ese recordar puede

tomar muchas formas: a través del arte, de las palabras, del abrazo, o simplemente de la presencia silenciosa. En todo caso, consolar equivale a amar al doliente.

Este punto es tremendamente prometedor. Cabe decir que consolar equivale, para Anrubia, a esperar. “Bien está lo que bien acaba”, decía Gandalf en *El Señor de los Anillos* a una Compañía abrumada por las malas obras del Enemigo. El consuelo de Anrubia parece, en este sentido, tolkieniano: ahora sufres, pero recuerda que al final está el origen. Por otro lado, esto es posible solo porque el ser humano existe y se entiende en relación. Se sufre solo, pero al mismo tiempo se sufre para todos, y se puede consolar precisamente por eso. “El dolor de uno nos apela a todos” (p. 175), dice Anrubia.

Una idea que Anrubia no deja de explorar a lo largo de toda la obra es que la posibilidad del consuelo es la realidad del dolor. Solo donde hay sufrimiento en serio puede el consuelo ser también tomado en serio. De otro modo, toda compasión sería falsa en el sentido más estricto de la palabra. Anrubia vincula la realidad del dolor, y por tanto la del consuelo, a nuestro ser corporal y, por extensión, mundano, configurando así una metafísica del cuerpo a lo largo de estas páginas. La lógica profunda del libro—que no se corresponde necesariamente con el orden de los capítulos—es, así, la siguiente:

- La realidad del dolor, visualizada sistemáticamente en el capítulo 5 a partir del análisis de la estética nietzscheana.

- Definición del consuelo como memoria de la amabilidad del doliente, desarrollada principalmente en los capítulos 7 y 8.

- El consuelo anclado en una metafísica del cuerpo, en el capítulo 6. Anrubia sitúa su posición entre la dilución hegeliana del dolor en aquello que es más grande que el individuo (la Idea) y el descarnado salto de fe de Kierkegaard, que no deja lugar al consuelo porque habla de seres no mundanos, es decir, no humanos: “El problema que comparece en la situación en la que Kierkegaard ha dejado al hombre se muestra ahora clara: no es tanto que se le pida al ser humano que salte al vacío, sino que se le pide que salte desde el vacío, porque lo que se ha quedado sin consistencia es el lugar desde donde saltar: el mundo.” (p. 145).

- Las formas del consuelo, presentadas en el arte: pintura (capítulo 1 y 2), arquitectura (capítulo 3), música (capítulo 4); en el abrazo y las caricias (capítulo 6); en el silencio de una presencia que acompaña (capítulo 9).

El énfasis de Anrubia en el consuelo proporcionado por el arte es otra de las vetas de oro de este libro. Creo que este interés responde a varias razones. Primero, Anrubia quiere salir al paso, con Nietzsche, de una idea de estética como huida del mundo y, por ende, del dolor y de lo que de horrible tiene la existencia. Segundo, más allá de este afán polémico, Anrubia quiere entender el arte en su sentido antropológico de interpretación, antes que de estetización. El arte es hermenéutica de la vida y, por tanto, es fundamental para vivir/entender el dolor y el consuelo. Por último, en tanto que no hay interpretación solitaria, sino en un contexto compartido, el arte remarca la idea arriba apuntada de que hay consuelo porque todos estamos inextricablemente unidos.

Los análisis de Anrubia acerca de pintura, música y arquitectura sirven para poner de relieve la carnalidad de la experiencia humana del dolor y del consuelo, el cual resume magníficamente en la siguiente frase: “saberse expuesto a las manos del otro.” (p. 150). Por sus páginas desfilan el sujeto cartesiano con su cuerpo de autómatas; la casa como extensión del cuerpo del doliente, donde se encuentra consuelo (el hogar); el gótico y el románico; la creación sonora del Silmarillion.

De esta carnalidad del consuelo deriva, como hemos apuntado, la posibilidad del abrazo y la caricia y, en último término, de la presencia como tal de quien consuela. Anrubia realiza un fino análisis de este punto al conectarlo con la temporalidad del consuelo. La presencia es el regalo por excelencia porque el regalo inaugura un presente absoluto en razón de que responde a un acto de libertad. Así, el don de sí mismo inaugura un presente que nos recuerda el origen, que es el fundamento de la amabilidad del doliente. Por este motivo, en el fondo no hacen falta palabras para consolar.

Sin embargo, la obra no está exenta de problemas y deficiencias. Por un lado, hay tesis audaces que requerirían mayor justificación: “El consuelo sobre el dolor y la muerte no posee una única dirección - del sano al enfermo - , sino que puede ser del sano al sano, en incluso, en casos extraordinarios, del enfermo al sano” (p. 134). ¿En qué preciso sentido el sano ha de consolar al sano o, más aún, el enfermo al sano? Desafortunadamente, el libro cae con frecuencia en este tipo de afirmaciones, posiblemente llevado por su retórica argumentativa. Anrubia utiliza un tipo de argumentación que podríamos llamar ‘dialéctica’, en la que una idea contiene tanto su afirmación como su negación y la superación sintética de ambas. Aunque este tipo de argumentación puede ser útil a la hora de tratar temas elusivos y refractarios a la objetivación, como es el que ocupa al autor,

su uso requiere el mayor cuidado para no caer en excesos como los apuntados. Además, en este caso hace el texto difícil de leer en algunos pasajes.

Por otro lado, una de las ideas más atractivas del libro es que consolar a alguien es amarle, no por sus características personales, sino porque es bueno por su relación al origen, como cuando el Dios de la Biblia afirmaba tras la Creación: “Y vio Dios que era bueno”. Sin embargo, sorprendentemente a lo largo del capítulo 8 Anrubia parece situarse cerca de posiciones psicologistas, haciendo depender la amabilidad de la relación particular que une al doliente con quien consuela: consolar sería recordar que el doliente sigue “siendo digno de amistad” (p. 175). Aunque Anrubia se esfuerza en situar su reflexión en un plano metafísico, al final parece haber latente una facticidad—la relación de amistad, que fundamentaría el merecimiento de ser amado—que invalidaría en gran medida su reflexión.

Más aún, si consolar consiste en esperar, no puedo dejar de pensar que Hegel tenía razón: es decir, que el dolor no es para tanto porque al final—nos lo dice el origen—todo está bien. La división del dolor apunta a una unidad originaria: si esta puede recuperarse (esperanza), entonces el dolor no es para tanto, aunque sea muy real; si no puede recuperarse, entonces no hay consuelo posible. O, dicho de otro modo: quien es platónico puede sufrir mucho, pero nunca tanto como el cínico.

Además, y relacionado con esto, ¿puede consistir el consuelo en que nos recuerden la bondad de nuestro ser? Esta idea parece nacer de una comprensión del dolor muy restringida, a saber, la de quien sufre por problemas personales. Pero, ¿qué hay del sufrimiento por la muerte de un ser querido? ¿Significa que he de consolarme porque espero encontrarme con esa persona en la otra vida? ¿Acaso no hay dolores ‘inconsolables’? Por supuesto que el autor trata estas cuestiones—por ejemplo, niega rotundamente que el consuelo se base en el recurso a la existencia de un más allá, que por otra parte no niega—, pero no veo que dé respuesta satisfactoria a estos interrogantes. Hacer más carnal la esperanza puede no ser suficiente para escapar a la crítica de Nietzsche, si bien esto no sea tampoco motivo suficiente para aceptar su solución, como Anrubia bien muestra.

Por último, ¿quién es el amigo para consolarme, por muy amigo que sea? ¿No estaríamos otorgándole un poder del que carece? Especialmente si tenemos en cuenta que el dolor es, como la muerte, un asunto solitario, con el que cada uno lidia irreductiblemente. Yo diría que el consuelo del amigo se parece más

bien a aquellos pocos miles de dólares con que un oficial norteamericano compensaba a una familia irakí hace unos años, la cual había perdido la casa y visto morir a varios de sus integrantes durante un bombardeo: “Con esto no vamos a solucionar nada pero se trata, por lo menos, de hacer algo”.

Es obvio que el autor nos ha regalado un libro que es aire fresco en el paisaje intelectual español. En general, contiene muchas buenas ideas presentadas con brillantez. Pero quizá lo más valioso sea su estar animado por una seriedad especial a la hora de abordar las cuestiones. Cuando en la actualidad asistimos tantas veces a una deriva hacia la erudición estéril, este libro se mantiene en la tensión de una pregunta sencilla y poderosa: “Pero esto... ¿es verdad?” Una tensión que nace de estar asistiendo al esfuerzo del autor por hacer filosofía, es decir, por hacerse cargo de una cuestión que le importa profundamente. Como él mismo dice, “desde la necesidad de saber para vivir y desde la pregunta por el dolor y la muerte se inician estas páginas.” (p. 16)

Este trabajo se encuentra bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

